

AC 12 98

¡Música! Escuchan las emisiones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. ¡Música! A partir de ahora, da comienzo el curso de acceso para mayores de 25 años. Aquí empieza en efecto el tiempo de acceso.

De nuevo 30 minutos sobre materias de este curso en un lunes que va a ser el último en este año 83-84. ¡Música! Recordamos a los alumnos que los exámenes para el curso de acceso a la universidad para mayores de 25 años tendrán lugar en los próximos días 9 y 10 de junio. Y que los exámenes de septiembre se realizarán los días 8 y 9 como ya se indica en la guía del curso.

¡Música! Y en cuanto al programa de hoy va a estar dedicado a la asignatura e introducción a las humanidades. Con un guión preparado por la profesora Gloria Toranzo Fernández. Una época cultural angustiada es el título del tema, con él les dejamos.

¡Música! Intentamos tratar este tema desde dos ópticas diversas pero complementarias. Desde el punto de vista de los pensadores que otean las épocas históricas desde la atalaya de su abstracción y desde la mirada del observador del lenguaje. Tanto el de creador novelista, poeta como el lenguaje del pueblo llano, del hombre de la calle que al utilizar un determinado modo de hablar su lengua ya está eligiendo.

En esta elección influye en una serie de determinantes, de causas que él no conoce conscientemente pero que intuye y sobre todo vive. ¡Música! En la segunda época de este tema, al dar algunos datos de la lengua de nuestra época, especialmente de los jóvenes de este tramo final de siglo, creemos que ofrecemos una clave a nuestros alumnos del curso de acceso directo. Una clave o una serie de claves para descifrar el mensaje misterioso y temible de la falta de esperanza.

¡Música! Después de esta breve introducción, leemos unas palabras del filósofo francés Maritain. A través de las tres grandes crisis espirituales de la historia moderna, en el renacimiento humanista, en la reforma protestante y en el Aufklärung racionalista, el hombre llevó a cabo una revolución histórica de importancia suma, al final de la cual se concibió a sí mismo como centro del universo y fin último de su actividad terrestre. La razón, libre de todo vínculo racional, dio origen al imperativo categórico, después al espíritu absoluto, creador de su propia conciencia, posteriormente a la inconsciencia materializada, más tarde, al insaciable apetito de poder, punto en que ya dejó de ser razón.

La supremacía de lo racional nos ha llevado al cero de lo espiritual. Y termina Maritain con unas afirmaciones que son un grito de alarma y una queja. Dice así.

Testigo, la doctrina de la raza suicida que está dejando la fábrica de la sociedad familiar débil y expuesta al ataque desde dentro y desde fuera. Testigo, las pulgas totalitarias que están socavando la dignidad y los derechos inalienables de la persona humana. Testigo, el colectivismo del espíritu racial que está incrementándose como el cáncer en las naciones de la

tierra.

Pero en los rumbos cíclicos de la historia del hombre, ese caos es a veces el preludio de cosas mejorables, y no es imposible que del abismo de la desesperación nazca la esperanza. Pero vamos a examinar con un cierto sistema la realidad en la que nos ha tocado vivir para ver algunos datos que puedan justificar estas afirmaciones tan rotundas. Una realidad aislada, como es bien sabido, no nos basta para llegar a conclusiones generales.

Por eso hay que buscar unas constantes que nos llamen la atención y nos pongan en buen camino. Y esas constantes las encontramos no sólo en el lenguaje escrito, sino en cualquier manifestación artística. Intentaremos enumerarlas.

Se dio una época larga, siglos XIX y principios del XX, de estilos dulces y desmayados, algo merengues y cansinos. Recordemos, por ejemplo, la atmósfera refinada fin de siglo. Pues bien, como reacción surge lo duro, lo inesperado que golpea a los receptores.

Rompe Picasso, por ejemplo, con su época azul. Se quedan arrinconados los temas burgueses de un teatro de costumbres, y en la poesía, neorrománticos o modernistas empiezan a dar escalofríos a los más jóvenes. Como era de esperar, viene el relevo.

Todos los ismos se ponen en pie. Futurismo, dadaísmo, cubismo, surrealismo. El teatro de vanguardia es un latigazo que llega a sus exponentes más extremistas con el teatro de sangre.

Ahora sólo le cabe una solución a cualquier movimiento creador. La violencia. Pero una violencia que vaya incrementando, porque si el arma es agresión, ese tipo de arma dejará de ser hiriente cuando la sensibilidad del espectador-lector se haya acostumbrado a ella.

La violencia tiene que ir buscando nuevos procedimientos que asombren todavía, que perturben con su excitación. A este propósito dice Guillermo Díaz-Plaja. La violencia, como la pornografía, sólo existen avanzando, llegando sucesivamente a etapas más audaces y turbadoras.

Esto no tiene remedio. Es necesario sorprender, golpear, zamarrear, sacudir al espectador. Y así salimos del teatro, del auditorio musical, de la sala de exposiciones o del cine de arte y ensayo como traumatizados.

Porque en ambos campos la furia y el sexo sólo se acepta el más difícil todavía, la percusión sobre el espíritu que exige una intensidad, como en la discoteca se excita el pabellón auditivo hasta el ensordecimiento. No hay marcha atrás, porque aunque no todo este repertorio parezca grato, lo cierto es que las fórmulas anteriores van pareciendo ya pasadas o diluidas en ademanes menores. Ahora se ofrecen platos fuertes en todas partes y nuestros escaparates de librería son buena evidencia de ello.

Todos los medios de comunicación con el hombre se electrizan en una tremenda forma de coacción espiritual que empieza en el anuncio publicitario, insistente hasta obtener la

respuesta automática del cliente, que casi sin darse cuenta elige el producto manipulado por la propaganda. Análogamente, las presencias estéticas se ofrecen con prepotencia, por imposición coactiva rodeando al ser humano, hasta llegar a estas formas de epilepsia contagiosa que contemplamos con apariencias de simple coreografía, cuando en realidad su cometido está en movilizar las más hondas raíces del ser. Ese asedio del que habla Díaz-Plaja en su obra *La contracultura* se produce por medio de sacudidas de una acción que es un grito, un torrente que se arroja encima del espectador y que le hace conmocionarse, sin dejarle lugar ni tiempo para la reflexión.

Así hemos llegado, en cultura, a la mayor de las irracionalidades, contradiciendo la predicción de los profetas del reino de la razón que tuvo su expresión máxima en el llamado siglo de las luces. En efecto, Meslieu, tan admirados por Voltaire, afirmaba que la felicidad caería sobre los hombres como una lluvia bienhechora cuando se llegase al dominio de la razón. Esta mentalidad domina el siglo siguiente, y así Víctor Hugo asegura que en el siglo XX la vida será una delicia con la llegada de la democracia.

Dice textualmente. Fiesta en la ciudad, fiesta en el campo. Los cielos no tienen ya infierno, las leyes no tienen ya cadenas.

¿Dónde está por tanto el patíbulo? Ese monstruo ha desaparecido. Todo renace y la felicidad de cada uno crece con la fidelidad de todas las naciones. No más soldados con la espada en el puño.

No más fronteras, no más impuestos. Como se ve, los augurios favorables para nuestro siglo no fueron más que optimismo infantil que arranca una sonrisa a la angustia cada vez más extendida entre las masas. En la lección tercera de nuestra unidad didáctica *Introducción a la filología*, decíamos cómo se encontraba el hombre moderno con el drama de su soledad.

Y acude lingüísticamente a la subsignificación que es el efecto producido por la presentación de un mundo en el que los hechos de la vida cotidiana resultan absurdos. El absurdo es el paso hacia adelante de la inexistencia de sentido de vivir. Cuando el hombre se encuentra sin valores, cuando le están hiriendo por todas partes en su sensibilidad, pero no le dan alimento a su razón, entonces desemboca en la irracionalidad y busca la felicidad en las puras vivencias, de tal modo que llega con cierta frecuencia a la crueldad.

Joyce Michael Bathor y en ocasiones Musil nos presentan una realidad novelística que se transforma en mítica a fuerza de estar saturada de significaciones. Los autores estimulan al lector a que descubra símbolos psicológicos, estructurales, espirituales, etc. A esto es a lo que en literatura se llama sobresignificación, un universo abultado de sentidos.

En este fenómeno ha cuajado la sobreexcitación de la que hemos venido hablando. Como sabemos, hay aún un desenlace más allá de este mundo preñado de alquimias y mitos, de esoterismo. Ese paso es el anverso de la moneda.

Es un universo lleno de vacío, un mundo de subsignificación en el que los hechos de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos, sobre todo de los más jóvenes, en vez de tener un sentido esotérico, están cargados de absurdos dentro de un mundo sin leyes. En muy pocos años, los sueños dorados de los hippies o de los flowers se han convertido en pesadillas. Una tormenta de pesimismo ha descargado sobre la Tierra relajación de costumbres, contaminación de la naturaleza, tensiones, cada vez más límite entre los Estados y, sobre todo, el peligro de autodestrucción de la humanidad por las armas nucleares.

If you don't think that, honey, you'll be home soon You know I'll drown in my own I know it's true You know I'll drown on my own Kafka creó una serie de mitos llenos de angustia y de absurdo que, desde entonces, siguen copiándose una vez y otra por la imaginería novelesca de nuestro tiempo. Kafka vacía de significado su historia. Así, por ejemplo, su obra El proceso nos presenta a un héroe anónimo tanto que ni siquiera tiene nombre.

Kafka lo llama K. Este hombre se entera de que le han acusado pero nunca sabrá de qué ni quién le acusa. Va a la deriva de un sitio a otro de un espacio sin fin a otro espacio igual de inhóspito y vacío. Se mueve de acá para allá en una praga fantasmagórica multiplica sus gestiones que siempre acaban en nada en un mundo de espejismos.

Al fin le ejecutan sin que haya juez, ni proceso, ni acusador. Toda la novela se basa en lo inverosímil el hecho de que el protagonista no se pregunte nunca de qué le acusan ni quién le acusa ni tampoco investigue las causas de tal proceso. Como compendio de lo que venimos diciendo extractamos un pasaje de la novela de Ionesco El solitario.

Pueden ustedes ir descubriendo en este autor vanguardista bastantes elementos de la angustia de la época y del recurso del lenguaje ininteligible que caracteriza al absurdo. Ya en la calle anduve con paso inseguro tocando de vez en cuando las paredes temiendo al mismo tiempo que me aplastasen o que desaparecieran. Llegué al restaurante.

La camarera me miró y me preguntó si estaba enfermo. Me dijo que tenía los ojos extraviados. A mí me pareció que era ella quien tenía los ojos extraviados y que estaba de un humor huraño.

Me dejé caer en mi silla habitual ante mi mesa habitual miré por la ventana y contemplé un rato las siluetas huidizas que parecían surgir de la niebla para hundirse de nuevo en ella y desaparecer. Las cosas no van bien, ¿verdad? ¿Tampoco hoy? Tampoco hoy. Hoy menos aún que los otros días.

Si es que existen otros días. Han existido otros días. Otros días existirán.

Se diría que está usted entre brumas. Usted es bruma. La camarera me miró con atención.

¿Qué le pasa, señor? ¿No ha hablado con su médico? ¿Está usted segura de existir? La camarera abrió más los ojos. Claro que sí. Quiere usted asustarme.

Usted también existe, se lo aseguro. Tal vez no hay nada detrás de todo esto. Dije indicando con la mano las ventanas, las paredes, la calle.

Volvemos a ojear la contracultura de Guillermo Díaz-Plaja a la que ya hemos hecho referencia. Nos deleita el autor con un capítulo que titula El monstruo vacío y va explicando su desencantado viaje a París donde descubre el pasmoso monumento Boubord, estridente, enorme y destartalado, con salas, medio almacenes, medio hangares y que se llama ni más ni menos que Centro Cultural Georges Pompidou. Y esto en un barrio de casas pequeñas, armoniosas, con mansardas en sus techos de pizarra.

Ese monstruo en un París aferrado a la tradición, al respeto, a la medida, al decir clásico. Termina el autor la descripción diciendo que hay que aceptar esta muestra de arquitectura como signo de los tiempos. Hay aquí más grito que palabra, más ademán destructor que aportación concreta definidora.

Se diría que la palabra característica es la palabra no. Resulta que el monstruo no tiene mensaje porque está vacío. ¿Acaso por esto, por estar vacío, se alza como una definición de nuestra época, como un inmenso monumento a la nada? El tema tercero de nuestra unidad didáctica a la que hemos hecho alusión antes termina con una última pregunta.

El desgarramiento de las formas. Este guión radiofónico intenta ir más adelante. Hasta lo que entendemos es la última señal de esta angustia, de tanta nada.

Y creemos que es la última manifestación no sólo porque lo sea cronológicamente, sino porque significa el último intento del hombre por salvarse de tanto desgarrar, la evasión. Como el camino hacia algo que sería la aurora de una negación de la nada, no aparece. Nuestro joven de hoy vuelve a engañarse y se escapa por el portón de los alucinógenos.

Al menos, por lo que él cree que es portón, aunque resulte muy pronto nueva cárcel. Por un lado que si la madera, que si no te dejan vivir, tío. Que la paranoia sea en tu casa.

Porque aparte que también cuando te cuelgan mucho, ¿no? O sea, que estás de camello y ya sabes cómo vas. Pues todo el día, ¿no? Y mi vieja, pues se mojea porque hoy los gantes se alucinan. Nos estamos refiriendo a la jerga Chelli, que vendría a ser la caricatura de un vacío que se quiere llenar.

Se trataría, claro está, de una caricatura, de una lengua y de un grupo social no tan limitado como sería deseable, pero sí lo suficientemente pequeño como para que lo estudiemos en su justa medida. Por lo que opinan tradicionalmente los lingüistas, este fenómeno tan reducido como es el de una jerga no dejará huella en nuestro idioma, por lo que tiene de transitorio y fugaz. Cosa que ocurre con frecuencia en el caso de estas lenguas esperpénticas.

Tampoco hoy entendemos una gran parte de los conceptos de los esperpentos de Valle-Inclán. Pero muchas palabras que tuvieron un vigor y una vigencia en su época dejaron pronto de utilizarse y hoy no son totalmente indescifrables. Lo que siempre nos dejan traslucir en cambio

es al hombre que las empleó y el por qué las utilizó.

El Chelli responde a un tipo de sociedad, una cultura determinada, que en este caso es la negación de la cultura, la contracultura. No es de extrañar, por tanto, que este tipo de jerga esté hecho de silencios, de frases entrecortadas, en la mayoría de los casos de palabras sueltas repetidas una y otra. Vamos a enumerar algunas características de este habla marginal propia de nuestra generación joven, cansada, hastiada mejor, de todo que se encoge de hombros ante lo que pueda convertirse en problema personal.

Como toda jerga, intenta el Chelli conseguir que los no pertenecientes al grupo no entiendan lo que los miembros del grupo tienen que decirse. En este caso, poco tienen que decirse a juzgar por el campo semántico reducidísimo al que apuntan las pocas palabras de que se compone este habla. En efecto, casi todas ellas se refieren al sexo, a la droga y a la postura de pasotismo a la que antes hemos aludido.

Dice a propósito de esto Lázaro Carreter. Se trata de un código restringido, en el sentido que a este término daba Silberstein. Y lo primero que se debe advertir es que, contra lo que a simple vista parece, frena la expresión individual.

Su esoterismo desea preservar la identidad del rollo y entonces está al servicio del grupo y no del individuo. Para esta diferenciación con el idioma, en este caso con el castellano, el Chelli utiliza una Che fricativa a imitación de la andaluza. Aspira la S de final de sílaba y arrastra la S que precede a vocal.

Otra característica es la impersonalidad, consecuencia de ser un instrumento del grupo y para el grupo, como hemos dicho. Habla Bernstein de otra jerga semejante al Chelli y hace una serie de afirmaciones que son interesantes para nosotros porque se pueden aplicar en su totalidad a la jerga que estamos estudiando. Dice Bernstein.

A pesar de su calor y vitalidad aparentes, este lenguaje se caracteriza fundamentalmente y en el sentido literal del término por su impersonalidad. Es esta impersonalidad la que permite a los individuos que hablan Chelli recurrir sin preocupación y sin ningún sentimiento de vergüenza o de culpabilidad a términos brutales, carentes de finura y a adoptar comportamientos acordes con esos términos. Es bastante frecuente en esta jerga la metáfora.

Así, sentir las vibraciones de alguien es sentirse identificado con él. Ligar bronce es ponerse moreno, etc. De entre estas expresiones metafóricas hay muchas dedicadas a descubrir la indumentaria o la apariencia de los miembros del grupo porque es esta una de las pocas cosas en que los hablantes se interesan.

El aspecto en el que esta jerga de grupo es más rico, partiendo siempre, como hemos dicho, de su pobreza radical, es el campo del léxico. En su vocabulario se mezclan términos gitanos, anglicismos y palabras procedentes de la jerga de los delincuentes y de los drogadictos. Enumeramos algún vocablo Chelli, aunque sea conocido de casi todos ustedes.

Amuermarse es aburrirse, aunque también quiere decir estar enfermo o triste. Este fenómeno de polisemia, es decir, el que una palabra tenga varios significados que aquí aluden a conceptos afines, es muy frecuente en esta jerga. Caballo es heroína.

Camello, intermediario, vendedor de droga. Canuto, cigarrillo, relleno de hachís, marihuana, etc. Colocar se está colocado cuando se está drogado y feliz.

Montarse lo guapo, hacer las cosas bien. El tate, la mandanga, el coste El fumo es el hachís. Porro, trompeta, cono, varillo sirven para referirse al cigarrillo de tabaco y hachís o marihuana.

Es esta una de las muchas manifestaciones de anarquía de la juventud. En el fondo se trata de una postura de sinceridad ante un desmoronamiento familiar y social que se traduce en una algarada callejera, malsonante y pasota, de un desconcierto individual y de un vacío cultural que angustia y aplasta al individuo. Por eso se agrupa, para protegerse, para guardarse con el anonimato de un mundo que no les ofrece nada que dé sentido a sus vidas.

Es posible que la falta de una concepción filosófica del mundo en esta organización racionalista de la existencia nos explique la pérdida de la totalidad de la imagen del mundo que ha sido sacrificada a la dictadura del aparato y de la organización. En fin, la época actual se siente, como decía Ortega, perdida en su propia abundancia. Con medios más técnicos, más saber que nunca, resulta que el mundo actual va como el más desdichado que haya habido puramente a la deriva.

De ahí sigue diciendo Ortega esta extraña dualidad de prepotencia e inseguridad que anida en el alma contemporánea. Hasta aquí ha llegado hoy nuestro tiempo. El curso de acceso, como siempre, puso fin a los comentarios y entrevistas que durante dos horas y media y de lunes a sábado realiza la Universidad a distancia sobre las carreras y cursos que se imparten en ella.

Hasta mañana a la misma hora y muy buenas noches.